

I

Fantasmas

Ahora todo parecía un mal sueño. Había sido vívido y salvaje, de eso no cabía la menor duda, pero de algún modo parecía algo irreal, como si Gonzalo hubiera presenciado aquellas horribles escenas desde arriba, como si hubiera sido otro el que había cruzado disparos en plena luz del día con los policías cubiertos con pasamontañas. Otro el que había irrumpido violentamente en las casas y sacado a rastras a hombres inútilmente protegidos por esposas y madres que lloraban. Otro el que había atado de pies y manos a las víctimas con cinta adhesiva de seguridad para que recibieran golpes sin poder moverse de la silla y estuvieran días sin comer. Otro quien les había partido el cráneo a machetazos cuando aún estaban vivos.

Pero todo había sido real.

Cuando había hecho esas cosas era un hombre diferente, me cuenta Gonzalo. Fumaba *crack* y bebía whisky todos los días, tenía poder en un país donde los pobres no pueden defenderse, tenía una *troca** del año y estaba en condiciones de

* Todoterreno con la parte de atrás descubierta. Todas las notas a pie de página y aclaraciones entre paréntesis son de la editorial.

comprar casas pagando en efectivo, tenía cuatro esposas e hijos repartidos por todas partes... No tenía ningún Dios.

En ese tiempo no tenía ningún temor. No sentía nada, no tenía compasión por nada —dice con lentitud y titubeando ante algunas palabras.

Tiene la voz aguda y nasal, dado que la policía le machacó los dientes a golpes hasta que confesó. Su cara revela pocas emociones. Me cuesta percatarme de la gravedad de lo que dice, hasta que más tarde rebobino el vídeo de la entrevista y transcribo sus palabras. Entonces me doy cuenta cabal de lo que me ha dicho, hago una pausa y me estremezco por dentro.

Hablo con Gonzalo en una celda en la que hay otros ocho presos; es un soleado martes por la mañana y estamos en Ciudad Juárez, la ciudad con más homicidios de todo el planeta. Estamos a unos 10 kilómetros de Estados Unidos y del Río Grande, que corta América del Norte como las rayas de la mano. Gonzalo está sentado en el catre, en un rincón de la celda, con las manos unidas y los antebrazos apoyados en los muslos. Viste una sencilla camiseta blanca que pone de manifiesto su vientre prominente, sus anchas espaldas y los poderosos músculos que cultivó de adolescente, cuando jugaba al fútbol americano, y que a sus 38 años mantiene aún en forma. De pie mide 1,88 metros, su físico es imponente y hace valer su autoridad sobre sus compañeros de celda. Pero cuando habla conmigo se muestra humilde y comunicativo. Luce un curvo bigote negro y lleva perilla (barba de chivo) que se le ha vuelto gris. Mira con fijeza e intensidad, su aspecto intimida y parece implacable, pero también deja traslucir un sufrimiento interior.

Durante diecisiete años ha hecho de soldado, secuestrador y asesino a sueldo de las bandas mexicanas de la droga. En ese período ha segado más vidas humanas de las que es capaz de

recordar. En casi todos los demás países sería considerado un peligroso asesino en serie y estaría encerrado en una cárcel de máxima seguridad. Pero en México, actualmente, hay miles de asesinos en serie. Incluso en los presidios, que están atestados, se producen matanzas espantosas. En un disturbio mueren veinte presos; en otro, veintiuno; en otro, veintitrés; y todo esto en cárceles próximas a la misma malhadada frontera.

Dentro del sangriento presidio nos encontramos en una especie de santuario, un ala entera para los cristianos renacidos. Es el reino de Jesús, me dicen, un oasis donde acatan las leyes de su propio «gobierno eclesiástico». Otras alas están en manos de las distintas bandas: una está controlada por Barrio Azteca, que trabaja para el cártel de Juárez; otra está en poder de sus enemigos declarados, los Artistas Asesinos, que matan para el cártel de Sinaloa.

Los trescientos cristianos tratan de vivir al margen de la guerra. Bautizada con el nombre de Libres en Cristo, la secta fundada en la cárcel ha asimilado algunos elementos alborotadores y radicales del evangelismo sudamericano con objeto de salvar estas almas. Asisto a una misa carcelaria antes de sentarme con Gonzalo. El pastor, otro condenado por tráfico de drogas, mezcla anécdotas sobre la antigua Jerusalén con sus crudas experiencias de la calle, utiliza la jerga delincuente y llama a su grey «los compadres del barrio». Una banda que toca en vivo introduce en los himnos aires de rock, de rap y de música norteña. Los pecadores se desahogan a gusto, practican el *slam-dancing* al compás de lo que canta el coro, rezan con los ojos cerrados, aprietan los dientes hasta que rechinan, sudan, elevan los brazos al cielo, aprovechan toda su fuerza espiritual para exorcizar sus abyectos demonios.

Gonzalo tiene más demonios que la mayoría. Lo encarcelaron un año antes de conocerlo yo y compró su acceso al ala de los cristianos esperando que fuese un lugar tranquilo donde escapar de la guerra. Pero mientras escuchaba atentamente sus

declaraciones, me dio la impresión de que había entregado su corazón a Cristo con sinceridad, de que rezaba realmente para redimirse. Y cuando habla conmigo —un entrometido periodista británico que hurga en su pasado— es como si se confesara realmente con Jesús.

Conocer a Cristo es una cosa totalmente diferente. Es un temor y uno empieza a pensar las cosas y lo que ha hecho y dejado de hacer. Porque era lo malo. Pensar en las otras personas; pudo haber sido un hermano mío a quien yo le hacía eso, podría haberle pasado a mis hermanos. Muchos padres sufrieron.

El hecho de pertenecer al crimen organizado es así. Tienes que cambiar, pues. Puedes ser la persona más buena del mundo y la gente con quien tú convives te cambia totalmente. Te vuelves otra. Las drogas te hacen otra, el vino.

He visto demasiados vídeos donde se ha plasmado el sufrimiento causado por sicarios como Gonzalo. He visto a un sollozante adolescente torturado en una cinta enviada a su familia; a un anciano cubierto de sangre que confesaba haber hablado con un cártel rival; una hilera de víctimas arrodilladas, con bolsas cubriéndoles la cabeza, muertas una por una de un balazo en el cráneo. ¿Merece el perdón quien comete estos crímenes? ¿Merece un lugar en el paraíso?

Sin embargo, veo en Gonzalo un lado humano. Es cordial y amable. Hablamos de asuntos más superficiales. Quizás en otro tiempo y lugar hubiera podido ser un hombre como Dios manda, que trabajara con abnegación y se preocupara por su familia; como su padre, que, según cuenta, fue electricista toda la vida y sindicalista.

En mi país he conocido a hombres violentos y llenos de furia; gamberros que dan botellazos a otros o los apuñalan en una

discusión sobre fútbol. En apariencia se diría que son hombres más detestables y temibles que Gonzalo cuando habla conmigo en la celda de la cárcel. Sin embargo, no matan a nadie. Gonzalo ha contribuido, en el amanecer del siglo XXI, a que México sea el sangriento campo de batalla que ha conmocionado al mundo.

En los diecisiete años que ha estado al servicio de los grupos mafiosos, Gonzalo ha visto cambios extraordinarios en la industria mexicana de la droga.

Empezó sus andanzas en Durango, el montañoso estado del norte que se enorgullece de haber sido la patria chica del dirigente revolucionario Pancho Villa. Está relativamente cerca del foco de contrabandistas que vienen exportando droga a Estados Unidos desde que Washington las declaró ilegales. Tras abandonar los estudios secundarios y renunciar a ser un *quarterback* de la Liga Nacional de Fútbol Americano, Gonzalo hizo lo que muchos chicos duros de su ciudad: ingresar en la policía. En el cuerpo aprendió las muy rentables habilidades del secuestro y la tortura.

El camino que conduce de la policía a la delincuencia está alarmantemente transitado en México. Los grandes capitostes de la droga, como el «Jefe de Jefes» de los años ochenta Miguel Ángel Félix Gallardo, empezaron siendo agentes del orden, o como el infame secuestrador Daniel Arizmendi, alias el Mochaorejas». Al igual que éstos, Gonzalo dejó la policía al cabo de un tiempo relativamente breve y desde los 20 años se dedicó al delito a jornada completa.

Se instaló en Ciudad Juárez y se dedicó a hacer trabajos sucios para una red de traficantes que pasaban droga a lo largo de 1.500 kilómetros de frontera, entre Juárez y el océano Pacífico. Corría el año de 1992, época gloriosa para las narcomafias mexicanas. Un año antes se había hundido la Unión Soviética, y los Gobiernos de todo el mundo se preparaban para globalizar

su economía. Un año más tarde, la policía colombiana abatió a tiros al rey de la coca Pablo Escobar, muerte que señaló el comienzo de la desaparición de los narcocárteles de Colombia. Durante los años noventa florecieron los traficantes mexicanos, enviando toneladas de drogas al norte y recaudando miles de millones de dólares gracias al auge del libre comercio instaurado por el NAFTA [Tratado de Libre Comercio de América del Norte]. Estos grupos reemplazaron a los colombianos en el panorama mafioso del continente americano. Gonzalo aportó fuerza efectiva a estos aventureros gansteriles, apretando las clavijas (o secuestrando y matando) a quienes se negaban a pagar las facturas. Se hizo rico, ganó cientos de miles de dólares.

Pero cuando lo detuvieron diecisiete años después, su trabajo y su industria habían cambiado radicalmente. Por entonces dirigía grupos fuertemente armados que participaban en la guerra urbana contra las bandas rivales. Cometía secuestros en masa y controlaba casas francas donde había docenas de víctimas atadas y amordazadas. Contaba con el apoyo de altos funcionarios de la policía local, aunque libraba reñidas batallas con los agentes de la policía nacional. Sembraba el terror del modo más brutal, por ejemplo practicando incontables decapitaciones. Según me cuenta, era ya un hombre al que no reconocía cuando se miraba al espejo.

Aprendes torturas, sí, muchas. Ciertamente gozaba uno haciéndolo. Nos reímos del dolor de las personas, de las formas que las torturamos. Brazos cortados, decapitaciones. Esa es la más fuerte verdad. Decapitas a alguien sin sentir ningún sentimiento, ningún temor.

El presente libro trata sobre las redes criminales que pagaban a Gonzalo por cortar cabezas. Es la historia de la transformación

radical de grupos que empezaron dedicándose al tráfico de drogas y han acabado siendo batallones paramilitares que han matado a docenas de miles de personas y han aterrorizado a comunidades con coches bomba, matanzas y ataques con granadas. Es una mirada al interior de su mundo misterioso y una descripción del brutal capitalismo gansteril que perpetran. Es la historia de muchos mexicanos corrientes que han acabado engullidos por la guerra de bandas o que han sucumbido en ella.

El presente libro propone asimismo un debate sobre la naturaleza de esta asombrosa transformación. Sostiene —en contra de lo que afirman ciertos políticos y expertos— que estos mafiosos representan una sublevación de la criminalidad que supone una amenaza armada, la mayor que vive México desde la revolución de 1910. Aduce que los fracasos de la guerra estadounidense contra la droga y el volcán político y económico de México han propiciado dicha sublevación. Y aboga por un enérgico replanteamiento de las estrategias para impedir que el conflicto se convierta en una guerra civil de mayor alcance a las mismas puertas de Estados Unidos. Este libro arguye que la solución no saldrá del cañón de un arma de fuego.

Comprender la guerra mexicana de la droga es crucial no sólo por la morbosa curiosidad que despiertan los montones de cráneos seccionados, sino también porque los problemas de México se desarrollan en todo el mundo. Últimamente se habla poco de la guerrilla comunista en América Latina, pero las sublevaciones criminales se extienden como regueros de pólvora. En El Salvador, la Mara Salvatrucha obligó a los conductores de autobús de todo el país a declararse en huelga para protestar contra las leyes antibandas; en Brasil, el Primer Comando Capital incendió ochenta y dos autobuses y diecisiete bancos, y mató a cuarenta y dos policías en una ofensiva coordinada; en Jamaica, la policía se enfrentó con partidarios de Christopher Coke, alias «Dudus», dejando setenta muertos. ¿Van a repetir los expertos que se trata

sólo de un típico caso de policías y ladrones? La guerra mexicana de la droga es una espeluznante advertencia de hasta qué punto podría deteriorarse la situación en los demás países mencionados. Es un estudio de campo sobre la sublevación criminal.

Muchos miembros de las bandas callejeras salvadoreñas son hijos de guerrilleros comunistas; y se consideran combatientes a semejanza de sus padres. Pero lo que les importa no es el Che Guevara ni el socialismo, sino sólo el dinero y el poder. En un mundo globalizado, los nuevos dictadores son los capitalistas mafiosos, y los nuevos rebeldes son los insurgentes criminales. Bienvenidos al siglo XXI.

Cualquier habitante de este planeta que preste un poco de atención a las noticias televisivas sabe que las matanzas son espectáculos cotidianos en México. El país está tan anegado en sangre que apenas impresiona ya. Ni el secuestro y asesinato de nueve policías ni los cráneos amontonados en la plaza principal de un pueblo son noticias de interés en la actualidad. La atención de los medios sólo se fija ya en las atrocidades más sensacionales: atacar con granadas a una multitud de juerguistas que celebraban el Día de la Independencia; coser la cara de una víctima para que pareciese un balón de fútbol; hallar una antigua mina de plata con cincuenta y seis personas ya muertas y descompuestas, algunas de las cuales fueron arrojadas en su momento todavía con vida; secuestrar y matar a tiros a setenta y dos trabajadores extranjeros, entre ellos una mujer embarazada. Las matanzas en México son comparables a bárbaros crímenes de guerra.

Y todo esto porque unos cuantos universitarios estadounidenses quieren colocarse.

¿O no?

Cualquiera que observe con atención la guerra mexicana de la droga se dará cuenta enseguida de que nada es lo que parece.

El engaño y los rumores oscurecen todas las imágenes, los grupos y departamentos con intereses encontrados discuten todos los hechos, y todas las personalidades clave aparecen envueltas en el misterio y las contradicciones. Se filma a un grupo de hombres con uniforme de policía en el momento de secuestrar a un alcalde. ¿Son realmente policías? ¿O son gánsteres disfrazados? ¿O las dos cosas a la vez? Un matón detenido lo cuenta todo, y en su confesión, que se ha grabado, hay indicios incontestables de que ha sido sometido a tortura. Entonces los matones capturan a un policía y lo graban dando una versión distinta de los hechos. ¿A quién hay que creer? Un maleante comete homicidios en México y acaba siendo un testigo protegido en Estados Unidos. ¿Se puede confiar en su testimonio?

Otro elemento anómalo es que el conflicto esté en todas partes y en ninguna. Millones de turistas se broncean felizmente en las playas de Cancún sin detectar el menor problema. En la capital de México se registran menos homicidios que en Chicago, Detroit o Nueva Orleans.¹ Incluso en las zonas más peligrosas la situación puede parecer perfectamente normal.

Yo llegué a un restaurante del estado de Sinaloa veinte minutos después de que un oficial de la policía fuera tiroteado mientras desayunaba. En menos de una hora se llevaron el cadáver y los camareros preparaban las mesas para el almuerzo; cualquiera podía comer unos tacos y no ver el menor indicio de que horas antes se había cometido un asesinato. He visto a cientos de soldados peinar un barrio residencial, derribar puertas a patadas y desaparecer de pronto con la misma velocidad con que habían llegado.

Los estadounidenses que visitan la ciudad colonial de San Miguel de Allende o las pirámides mayas de Palenque se preguntan a qué viene tanto alboroto. No ven ni guerra ni cráneos seccionados. ¿Por qué la prensa y la televisión arman tanto escándalo? Otros visitan a familiares que viven en el estado de

Tamaulipas, al otro lado de la frontera de Texas. Oyen en la calle disparos que suenan como petardos en carnaval y se preguntan por qué esas batallas ni siquiera se mencionan en la prensa del día siguiente.

Los políticos ya no saben cómo describir el conflicto. El presidente de México, Felipe Calderón, se pone un uniforme militar y exige que no haya cuartel para los enemigos que pongan en peligro la patria; pero luego se enfada ante la menor insinuación de que en México se está combatiendo una insurrección. El Gobierno de Obama está más confundido aún. La secretaria de Estado, Hillary Clinton, asegura a la gente que en México sólo hay una ola de crímenes urbanos como la que asoló a Estados Unidos en los años ochenta. Pero luego afirma que se trata de una insurrección semejante a la de Colombia. El aturdido Obama da a entender que Clinton no ha querido decir lo que ha dicho. ¿O sí? El director de la DEA [Agencia Antidroga] anima a Calderón a que gane la guerra. Pero luego un analista del Pentágono avisa que México está en peligro de fraccionarse de un momento a otro al estilo de la antigua Yugoslavia.²

¿Estamos ante un «narcoestado»? ¿Ante un «Estado capturado»? ¿O sólo ante un país sangriento normal y corriente? ¿Existen los narcoterroristas? ¿O esta expresión, como alegan ciertos teóricos de la conspiración, forma parte de un plan estadounidense para invadir México? ¿O es un plan de la CIA para quitar presupuesto a la DEA?

Puede que esta confusión sea un resultado lógico de la guerra mexicana de la droga. Se sabe que la guerra contra el tráfico de estupefacientes es un juego de cortinas de humo y espejos.³ México es un clásico moderno del género llamado «teoría de la conspiración». Y en toda guerra hay confusión. Si ponemos las tres cosas juntas, ¿qué obtenemos? Una opacidad y una oscuridad tan densas que apenas veremos lo que tenemos delante de nuestras narices. Aturdidos por tanta confusión, es comprensible

que muchos se encojan de hombros y digan que es imposible entender lo que sucede.

Pero debemos entenderlo.

No se trata de una explosión casual de violencia. Los ciudadanos del norte de México no se han vuelto sicarios psicóticos de la noche a la mañana por beber agua en malas condiciones. Esta violencia ha estallado y crecido en un contexto temporal muy claro. Los factores que la han desencadenado pueden identificarse. Es gente real, gente de carne y hueso, la que ha movido los hilos de los ejércitos, la que se ha enriquecido con la guerra, la que ha adoptado una política ineficaz en el Gobierno.

En el centro de este sucio drama están las figuras más misteriosas de todas: los narcotraficantes. Pero ¿quiénes son?

En México se suele llamar «narco» indistintamente al narcotraficante y al narcotráfico. Esta palabra, que se grita en los noticiarios y se susurra en las cantinas, evoca la imagen de una forma fantasmal y gigantesca que mira con codicia a la sociedad. Los jefes son multimillonarios misteriosos que proceden de míseras aldeas de montaña; lo más que se conoce de ellos es alguna fotografía granulada de hace veinte años y lo que dicen los versos de las baladas populares. Sus ejércitos están formados por sujetos andrajosos y bigotudos que aparecen en las páginas de los periódicos como soldados de un enigmático país enemigo que han sido hechos prisioneros. Atacan como demonios surgidos de la nada, en las mismas narices de los miles de policías y soldados que patrullan las calles, y la inmensa mayoría de sus homicidios no se soluciona nunca. Se calcula que estos fantasmas ganan alrededor de 30.000 millones de dólares al año introduciendo en Estados Unidos cocaína, marihuana, heroína y cristales de metanfetamina. Un dinero que desaparece como polvo cósmico en la economía global.

En pocas palabras, el narco es el amo de la calle, del barrio y de la ciudad. Pero pocas personas conocen los rasgos faciales del amo.

En las calles donde reina el narco, estar en el hampa de la droga se dice estar en «la movida». La palabra transmite el amplio sentido que tiene el crimen organizado en la base; es toda una forma de vida para un sector de la sociedad. Los gánsteres han engendrado un género musical, el «narcocorrido», han propiciado un estilo de vestir particular, el «buchonismo», y han dado pie a la aparición de sectas religiosas propias. Canciones, indumentaria y sermones han construido una imaginaria en que los señores de la droga son héroes icónicos a los que los moradores de los barrios de casas de piedra artificial rinden culto como si fueran rebeldes con arrestos para enfrentarse y parar los pies al ejército y a la DEA. El narcotráfico lleva más de un siglo atrincherado en estas comunidades. Si rastreamos su desarrollo en tanto que movimiento —en vez de limitarnos a juxtaponer las anécdotas policiales sobre los cerebros de la droga—, estaremos mucho más cerca de entender la amenaza que representa y de aprender los mecanismos del contraataque.

Mi contacto personal con el tráfico de estupefacientes empezó más de veinte años antes de que acabara visitando una calurosa prisión próxima al Río Grande para recabar anécdotas de un asesino de masas; empezó allá en los verdes pastos del sureste de Inglaterra. Yo crecí cerca de la ciudad marítima de Brighton, donde mi padre enseñaba antropología. En los años ochenta, cuando era adolescente, las drogas entraban en la región como la marea, a pesar de Nancy Reagan, La Toya Jackson y los granujientos adolescentes de un programa británico titulado *Grange Hill* que exclamaban: «¿Drogas? ¡No, gracias!» Las drogas más conocidas eran el hachís marroquí (costo, chocolate, pie-

dra), la heroína turca (jaco, caballo) y, tiempo después, el éxtasis holandés, llamado simplemente E. Tanto los estudiantes como los que dejaban los estudios podían colocarse, enrollarse, flipar, flotar y ponerse ciegos en cualquier parte, desde los parques hasta los lavabos públicos.

Nadie dedicaba ni un minuto de atención a los lejanos países de donde venían aquellas endiabladas sustancias ni a lo que el narcotráfico daba o quitaba a los países en cuestión. El eslabón más lejano de la cadena alimentaria se conocía cuando un «conecte»* o *dealer* local era detenido por los estupas (policías de la brigada de estupefacientes) y comentábamos emocionados los detalles de la redada y cuánta cárcel le había caído.

Cuando dejamos atrás los años de adolescencia, muchos que habían probado las drogas consiguieron buenos empleos y fundaron una familia. Algunos seguían reincidiendo ocasionalmente, y muchos se pasaron a la cocaína colombiana, que se puso de moda en Inglaterra en los años noventa. Conocí a más de uno que se había vuelto adicto, sobre todo a la heroína, y tras alguna mala racha en que se dedicaban a robar en casa de sus padres, procuraban curarse en centros de rehabilitación. Casi todos vencieron el hábito al final. Otros siguen enganchados después de veinte años, y cuando vuelvo a mi país me los encuentro medio tirados en la barra de bares de mala muerte.

Entre los 16 y los 21 años conocí también a cuatro jóvenes que murieron de sobredosis de heroína. Dos eran hermanos. Otro pasó a mejor vida en unos lavabos públicos. El cuarto, Paul, se había hospedado en mi casa días antes de inyectarse la dosis mortal.

Paul era un tipo desenvuelto y musculoso, con una mata de abundante pelo negro y manos carnosas; solía trabar conversación con desconocidos lo mismo en bares que en paradas de au-

* En España: camello. Vendedor de drogas al por menor.

tobús. Nos quedábamos despiertos toda la noche y se ponía a hablar de la chica con la que salía, de sus peleas con su hermano menor y de sus opiniones sobre la lucha de clases. Y de pronto ya no estaba. Personalmente no culpo de su muerte a las personas que traficaban con heroína. Creo que él tampoco lo habría hecho. Pero me esfuerzo por comprender los motivos que empujan a una persona en esa dirección y por buscar un mundo diferente en el que la muerte de Paul hubiera podido evitarse; actualmente seguiría abordando a los desconocidos en las paradas de autobús.

Me fui a Latinoamérica con una mochila en la espalda, un billete de ida en el bolsillo y la intención de ser corresponsal extranjero en climas exóticos. Me dio la idea *Salvador*, la película de Oliver Stone en que los periodistas eluden las balas en medio de las guerras civiles centroamericanas. Pero con la llegada del nuevo milenio desaparecieron los dictadores militares y los rebeldes comunistas. Se decía que habíamos llegado al «fin de la historia» y se nos prometía una edad de oro de democracia y libre comercio en todo el mundo.

Llegué a México el año 2000, un día antes de que Vicente Fox, ex ejecutivo de la Coca-Cola, iniciase su mandato presidencial y pusiera punto final a los setenta y un años de gobierno del PRI [Partido Revolucionario Institucional]. Fue un momento memorable en la historia de México, un desplazamiento sonado de las placas tectónicas de su política. Una época de optimismo y celebración. La camarilla del PRI que había saqueado el país y se había llenado los bolsillos durante la mayor parte del siglo XX había sido destronada. Se habían acabado las matanzas de estudiantes y la guerra sucia contra la oposición, y la ciudadanía estaba contenta. Los mexicanos corrientes miraban el futuro con la esperanza de aprovechar el fruto de su trabajo en libertad y con garantías de que se respetarían los derechos humanos.

Un decenio después, los desencantados ciudadanos se negaban a admitir que vivían en un Estado fallido. Los pistoleros de las bandas alfombraban las plazas de cadáveres; los secuestradores robaban fortunas a los empresarios con suerte, y aunque el Gobierno ya no censuraba la prensa, los gánsteres abrían fosas para docenas de periodistas y obligaban a callar a los rotativos. ¿Qué había pasado? ¿Por qué el sueño se había convertido en pesadilla tan rápidamente?

Nadie fue capaz de prever la crisis durante los primeros años del nuevo siglo. Los medios estadounidenses depositaron grandes esperanzas en un Fox que calzaba botas de vaquero cuando se entrevistó con Kofi Annan y pasó a ser el primer mexicano en dirigirse al pleno del Congreso estadounidense. La otra gran sensación mexicana fue el subcomandante Marcos, un rebelde de la posmodernidad que acaudilló a los mayas de Chiapas en una insurrección simbólica por los derechos indígenas. Marcos apareció entrevistado en televisión con pasamontañas y fumando en pipa, citando a varios poetas y dando ideas a los izquierdistas de todo el mundo. Cuando se habló del narcotráfico, fue en el contexto de soldados que hacían redadas en busca de jefes.

Sin embargo, el eco de los disparos y el chasquido de las hachas de los verdugos empezó a oírse al fondo. La primera ofensiva bélica seria del cártel se produjo en otoño de 2004, en la frontera con Texas, y repercutió en todo el país. Cuando Felipe Calderón llegó a la presidencia, en 2006, y declaró la guerra a las bandas, la violencia se multiplicó exponencialmente.

La pregunta es: ¿por qué prosperaron los cárteles mexicanos durante el primer decenio de democracia? Es trágico decirlo, pero el mismo sistema que prometía esperanza era débil a la hora de controlar a las mafias más poderosas del continente. Puede que el régimen anterior hubiera sido autoritario y corrupto, pero tenía métodos infalibles para contener el crimen

organizado: desmantelaba unas cuantas redes representativas y sangraba a las demás. Casi todos los estudiosos mexicanos admiten hoy este particular y es un tema recurrente en este libro: la guerra de la droga está indisolublemente unida a la transición democrática.

Así como el hundimiento de la Unión Soviética propició el auge del capitalismo mafioso, lo mismo ocurrió con la desaparición del PRI. Los soldados de las fuerzas especiales se volvieron mercenarios de los gánsteres. Los empresarios que antes pagaban a los funcionarios corruptos empezaron a pagar a los grupos mafiosos. Las fuerzas de policía se enfrentaban entre sí, llegando a veces a producirse tiroteos entre departamentos. Cuando Calderón reemplazó a Fox, lanzó a todo el ejército a la calle para restaurar el orden. Pero en vez de adaptarse a la nueva situación, como Calderón esperaba, los gánsteres se apoderaron de la administración.

Durante los primeros cuatro años de Gobierno de Calderón, la guerra de la droga se cobró la alucinante cantidad de treinta y cuatro mil vidas.⁴ Basta esta trágica estadística para comprender la seriedad del conflicto: más bajas que en muchas guerras entre países. Pero este hecho debería enfocarse con sentido de la perspectiva. En un país de ciento doce millones de habitantes⁵ es una guerra de baja intensidad. La de Vietnam causó tres millones de bajas; la estadounidense de Secesión, seiscientos mil; en Ruanda, las milicias civiles mataron a ochocientas mil personas en cien días.

Otro dato contundente es la cantidad de funcionarios asesinados. En este mandato cuatrienal, los pistoleros del cártel han matado a más de dos mil quinientos funcionarios, entre los que figuraban dos mil doscientos policías,⁶ doscientas personas entre soldados, jueces, alcaldes, un destacado candidato a gober-

nador, el presidente de un Gobierno estatal y docenas de funcionarios nacionales. Este porcentaje de víctimas supera con creces el de las fuerzas rebeldes más peligrosas del mundo y es desde luego un balance más mortífero para un Gobierno que el causado por Hamas, ETA o el IRA en sus tres decenios de lucha armada. Representa una seria amenaza para la nación mexicana.

El carácter de los ataques resulta más temible aún. Los matones mexicanos acribillan normalmente las comisarías de policía con armas ligeras y lanzagranadas; secuestran en masa a funcionarios y abandonan sus cuerpos mutilados en lugares públicos; y en cierta ocasión incluso secuestraron a un alcalde, lo ataron y lo mataron a pedradas en una calle importante. ¿Quién afirmaría sin inmutarse que no es un cuestionamiento de la autoridad vigente?

Sin embargo, conceptos como «insurgente» e «insurgencia» plantean en México cuestiones más explosivas que los coches bomba de los narcos. Insurgentes fueron los gloriosos padres fundadores que se levantaron contra el régimen español. La mayor arteria del país, que cruza Ciudad de México, se llama Avenida Insurgentes. Poner esta etiqueta a las bandas criminales es dar a entender que podrían ser héroes. Son criminales psicópatas. ¿Quién se atrevería a compararlos con los rebeldes honorables, con los patriotas?

Hablar de insurgencia, guerras y Estados fallidos produce escalofríos a los funcionarios que buscan los dólares del turismo y las inversiones extranjeras. La marca México ha recibido una buena paliza en los tres últimos años. Algunos funcionarios están convencidos de que hay un complot estadounidense para desviar el turismo de Cancún hacia Florida.

Pero México no es Somalia. México es un país avanzado con una economía que mueve un billón de dólares,⁷ con varias compañías multinacionales y once multimillonarios.⁸ Tiene una clase media culta, y la cuarta parte de la juventud estudia en

universidades. Posee asimismo algunos de los mejores museos, playas y centros turísticos de todo el planeta. Y está soportando una extraordinaria amenaza criminal que necesitamos comprender. Mientras se amontonan las docenas de miles de cadáveres, la política del silencio no puede ser la solución. Como dicen allí, esto es «tapar el sol con el pulgar».

Desde el principio de mi estancia en México me sentí fascinado por la incógnita del narcotráfico. Escribía artículos sobre redadas y confiscaciones. Pero interiormente sabía que aquello era la superficie, que la policía y los «expertos» no eran fuentes capaces de satisfacer mi curiosidad. Tenía que hablar directamente con los narcos. ¿De dónde eran? ¿Cómo funcionaban sus operaciones comerciales? ¿Qué objetivos tenían? ¿Y cómo podía un inglés resolver estos misterios?

La búsqueda de respuestas me condujo a lo largo del decenio a ambientes a la vez trágicos e irreales. Ascendí a montañas donde la droga nace en forma de hermosas flores. Cené con abogados que representan a los capos más poderosos del planeta, me emborraché con agentes secretos estadounidenses que se habían infiltrado en los cárteles. También corrí por las calles para ver muchos cadáveres ensangrentados, y oí las palabras de muchas madres que habían perdido a sus hijos y con ellos su corazón. Y finalmente llegué a los narcos. Desde los agricultores que cultivaban coca y marihuana hasta los jóvenes sicarios de los barrios bajos, pasando por «muleros» (llamados «burros» en México) que transportaban la mercancía destinada a los sedientos gringos y por gánsteres que ansiaban el perdón, busqué historias humanas en una guerra inhumana.

El presente libro es fruto de este decenio de investigación. La primera parte, «Historia», recorre la drástica transformación de los narcotraficantes, que empezaron siendo campesinos mon-

tañeses a principios del siglo XX y acabaron por organizarse en los grupos paramilitares de hoy. El movimiento tiene un siglo de existencia. Esta historia no se propone seguir la andadura de todos los capos ni cubrir todos los episodios, sino explorar los momentos clave que han dado forma a la bestia y le han permitido fortificarse en determinadas comunidades mexicanas. La segunda parte, «Anatomía», observa las columnas que sostienen esta dinámica narcoinsurgente a través de los ojos de las personas que las viven diariamente: el tráfico, la maquinaria de asesinato y terror, y su cultura y su fe tan particulares. La tercera parte, «Futuro», se centra en la previsible trayectoria de la guerra de la droga y cómo se puede matar a la bestia.

Aunque centrado en México, el libro sigue los tentáculos del narcotráfico hasta Estados Unidos y los Andes colombianos. Los gánsteres no respetan las fronteras, y el tráfico de drogas ha sido siempre internacional. Desde sus decididos comienzos hasta la sangrienta guerra de nuestros días, el crecimiento de las mafias mexicanas ha estado inextricablemente unido a acontecimientos que se producían en Washington, en Bogotá y en otras partes.

Para profundizar en mi tema he contraído una deuda inmensa con muchos latinoamericanos que han estado décadas esforzándose por comprender el fenómeno. Más de treinta periodistas mexicanos que han desenterrado información vital han muerto a tiros en los últimos cuatro años. No deja de impresionarme la valentía y el talento de los investigadores locales, ni su generosidad a la hora de compartir sus conocimientos y de brindarme su amistad. La lista es interminable, pero mentiría si no dijera que me ha inspirado en concreto la labor del periodista de Tijuana Jesús Blancornelas, el académico de Sinaloa Luis Astorga, y el novelista brasileño Paulo Lins, autor de *Ciudad de Dios*.

Grabé o filmé muchas entrevistas que forman este libro, así que las palabras que se reproducen se han transcrito al pie de la

letra. En otros casos pasé días husmeando en la vida de las personas y me he basado en las notas que tomé. Algunas fuentes me pidieron que no mencionara apodos o que cambiara los nombres. Dada la tasa actual de homicidios que se cometen en México, no podía desoír estas peticiones. En cierta ocasión, dos gánsteres encarcelados fueron entrevistados en televisión, y al cabo de unas horas ya estaban muertos. Cinco personas cuyas declaraciones han contribuido a dar forma a este libro fueron asesinadas o desaparecieron posteriormente, aunque estoy convencido de que su muerte nada tuvo que ver con mi trabajo. Estas personas eran:

Alejandro Domínguez, jefe de policía, muerto a tiros en Nuevo Laredo el 8 de junio de 2005.

Sergio Dante, abogado pro derechos humanos, muerto a tiros en Ciudad Juárez el 25 de enero de 2006.

Mauricio Estrada, periodista, desaparecido en Apatzingán en julio de 2008.

Américo Delgado, abogado criminalista, muerto a tiros en Toluca el 29 de agosto de 2009.

Julián Arístides González, director de la policía antidroga de Honduras, muerto a tiros en Tegucigalpa el 8 de diciembre de 2009.

El último de la lista, Julián Arístides González, me concedió una entrevista en su despacho de la calurosa capital hondureña. Este funcionario de mandíbula cuadrada habló durante horas del crecimiento de las bandas mexicanas en Centroamérica y de los colombianos que las abastecían de narcóticos. En el despacho había 140 kilos de cocaína incautada y montones de mapas y fotografías aéreas en que se veían aeródromos clandestinos y mansiones de los narcos. Me impresionó lo abierto y franco que era González a propósito de sus investigaciones y de

la corrupción policial que había salido a la luz. Cuatro días después de la entrevista dio una conferencia de prensa para anunciar sus últimas averiguaciones. Al día siguiente, dejó a su hija de 7 años en la escuela. En esto pasó una moto y uno de los ocupantes le metió once balas en el cuerpo. Había planeado jubilarse dos meses después y trasladarse a Canadá con su familia.

No sé hasta qué punto podrán los libros detener este incesante aluvión de muertes. Pero la literatura sobre el narcotráfico puede al menos contribuir a comprender mejor este complejo y mortífero fenómeno. Los ciudadanos y los Gobiernos deben empezar a entender todos los aspectos de esta ola de violencia y trazar políticas más eficaces para impedir que sigan repitiéndose estas tragedias.